

**LIBROS**

**Extramuros, pero muy dentro**

"Extramuros, la Luna se detuvo. Más allá del camino real..."

He aquí las diez primeras palabras de esta —me apresuro a proclamarlo!— espléndida novela con que Jesús Fernández Santos nos regala (1). Y cuando aún no hemos doblado su primera página, ya nos hallamos, nosotros mismos, extramuros de la vida, más allá de los caminos trillados, en un tiempo sabiamente detenido.

Después, cada página es un milagro. El milagro de un relato que nos lleva en volandas por territorios sin nombre propio y, sin embargo, reales hasta el padecimiento, bajo "el rumor del río, dando vuelta a la noche, la voz de la llanura estremecida, el opaco silencio de la tierra, de las lomas peladas y los surcos yermos".

De pronto, a nuestra vera advertimos la presencia invisible de un ser humano, una monja de clausura, que nos habla de su hermana en religión de la que está en Cristo y en la carne enamorada: "Pues así fue que estando un día la comunidad

(1) Jesús Fernández Santos, *Extramuros*. Editorial Argos-Vergara. Barcelona, 1978. (Dentro de la serie "Las cuatro estaciones", 260 pesetas hasta el 15 de marzo de 1979.)

Jesús Fernández Santos.



en el coro a la hora de maitines, dispuso (Su Majestad) que mi hermana viniera a dar en tierra o por mejor decirlo, en el suelo de tablas, tan remendado y roto".

Los nombres de ambas mujeres permanecerán, como todo en esta confesión alucinante, extramuros de todo lo concreto, como sombras vivas en la tiniebla mística, pero con el lector encerrado junto a ellas, intra-

muros de un drama donde la frustración, la mezquindad y la superchería no están en ocasiones exentas de grandeza humana. Llegaremos a conocerlas, sin jamás tener acceso a sus facciones, hasta los pliegues más profundos de sus almas, tan cercanas a los cuerpos que el fuego del Amor funde —"la ciudad en silencio y las campanas repicando"— en la ruindad de la celda oscurecida y "el

suave roce de su carne en mi carne".

Extramuros parece el resultado de revelar los rollos que un Ingmar Bergman anacrónico hubiera filmado en los siniestros recovecos del Santo Tribunal, con los "exteriores" captados por los caminos de una Castilla donde ya las primeras sombras alargadas señalaban el ocaso del Imperio. Pero no ha sido la cámara de Bergman, sino la

**ADIOS A LAS LETRAS**

**El monarca del tiempo**

Javier Marías no es un pensador español, por que aún es notoriamente joven y sabio. Los jóvenes que son sabios no se hacen pensadores. Se hacen novelistas. En realidad, se hacen lo que han sido toda la vida. Los niños son novelistas a los que frustran las herencias. Hay algunos, como Javier Marías, que se rebelan. Gracias a eso hemos tenido a Miguel de Cervantes y a Laurence Sterne. Si todos los niños hubieran sido lo que sus padres hubieran querido, ya habría muerto el género de la novela, a pesar de los esfuerzos de Homero y de Julio Cortázar.

A pesar de todas las carencias —no es viejo, es novelista, no es filósofo, no desconoce la historia de la literatura—, Javier Marías tiene un gran sentido de la oportunidad irónica. Su última novela se titula *El monarca del tiempo*, un encabezamiento que podría servir también para ilustrar un editorial periodístico de estas semanas constitucionales.

Se murió la novela, dicen los agoreros españoles, que quisieran justificar su pereza como lectores de estos textos y defender su manía de incrustarse con pudor en los titulares de las revistas pornopolíticas. Lo que se ha muerto, en realidad, es la curiosidad por la novela. La novela se sigue haciendo. Carmen Martín Gaité, por ejemplo, acaba de ganar el Premio Nacional de Novela, un galardón que si algo tiene de malo, aparte de su pasado, es su carácter nacional. ¿Hasta cuándo todo se seguirá llamando en este país como siempre se llamó? Si alguna vez resucitara don Quijote no sólo acabaría con los libros inocuos, sino que terminaría también con las denominaciones.

Carmen Martín Gaité es una relatista cándida y valerosa, una de las mujeres literatas que más cosas han dicho, dicen y dirán en esta tierra en la que la Historia ha sido sepultada por la funesta manía de silenciar todo el pudor.

La novela no ha sido sepultada, aunque lo cierto es que en este país la creación corre el riesgo de naufragar debajo de un mare magnum de traducciones, todas ellas valiosas —¡el fin!—, aunque tardías.



Italo Calvino.

Aunque traten de sepultar la novela, ya hay un antídoto: las novelas de los otros, la novela extranjera. Entre los premios nacionales de este año ha habido un nombre significativo, que supongo que se ha situado ahí, sobre todo, para simbolizar a una profesión creativa que durante muchos años se ha venido olvidando con saña en este país. Hablo de Esther Benítez, premiada por sus traducciones de Italo Calvino, escritor italiano al que ella conoce muy bien. El premio a Esther Benítez es el galardón a una larga labor secreta que, por fortuna, ya no pasa tan inadvertida. Plaza y Janés, de Barcelona, recogió una buena iniciativa de Enrique Badosa y situó en la portada de sus antologías poéticas de extranjeros los nombres de los traductores. Hace años que dura esta saludable costumbre. Alfaguara, la editorial que a pesar de los agoreros mantiene tan campante su aire innovador, ha hecho lo mismo con los traductores de sus novelistas recién importados. El ejemplo tiene que cundir. Que no le pase a ninguna empresa de publicaciones que un día tengan que rectificar sus portadas para indicar que un libro de la altura del joyciano *Retrato de un artista adolescente* fue traducido por el equivalente actual de un Dámaso Alonso. ■ SILVESTRE CODAC.